

Literatura e identidad

Donato NDONGO-BIDYOGO, Murcia

Buenas tardes, estimados amigos:

En este encuentro, titulado por sus organizadores “Mundos plurales: perspectivas actuales sobre las culturas, lenguas y literaturas de Guinea Ecuatorial”, dedicaré mi reflexión a intentar introducir elementos de racionalidad sobre una cuestión que no solo nos incumbe como escritores, creadores y forjadores de cultura, sino que es responsabilidad de cuantos ciudadanos se sientan comprometidos en la pervivencia de nuestra identidad, de nuestro legado afroantano, esencia distintiva de nuestra propia personalidad. Desearía traer a colación e introducir el debate sobre un fenómeno que no parece llamar atención, pues es soslayado entre las preocupaciones de nuestra sociedad e ignorado por cuantas autoridades marcan nuestros destinos. Y a mí me parece tema de tal gravedad que, por los indicios perceptibles, corremos el riesgo de perder nuestras principales señas de identidad y patrimonio irrenunciable de nuestra herencia, como son, indudablemente, las lenguas vernáculas, maternas, tradicionales o autóctonas, según se quieran denominar, que identifican a cada uno de los pueblos que componen Guinea Ecuatorial. Es un hecho innegable que las generaciones más jóvenes hablan peor, o apenas comprenden, o no hablan ni comprenden en absoluto, el *bubi*, el *bisió*, el *ndowé*, el *fa d’ambú* o *annobonés* o el *fang*, que debieran conocer según su origen étnico. Obviamente, imposible abordar aquí y hoy cuestión tan importante en toda su extensión y complejidad, por las limitaciones inherentes al formato de la presente convocatoria. Por eso me limitaré a un mero esbozo como llamada de atención.

Como sabemos, la lengua es el medio de comunicación por excelencia, pero no es sólo eso. Además de permitir entendernos y comunicarnos nuestros deseos y anhelos, ideas y sentimientos recíprocos, el habla encierra y determina la cosmovisión de un pueblo, los fundamentos de su existencia, su historia, su filosofía, toda su experiencia a lo largo de milenios concentrada en refranes, narraciones y cuentos populares que contienen enorme riqueza expresiva y conceptual. Además, las lenguas nativas descifran mejor determinados fenómenos y secretos de la Naturaleza, al convivir sus usuarios con la fauna, flora y demás elementos circundantes, cuyo discurso refleja su observación empírica, apor-

tando conocimientos esenciales en el orden práctico, por ejemplo, en la medicina o en la agricultura. La diversidad lingüística es, por tanto, tan necesaria como la biodiversidad, razón de que la desaparición de una lengua equivalga a borrar de la faz de la Tierra una cultura única, irrepetible, en la que se desarrollaron y soñaron muchísimas personas en todas las generaciones precedentes a lo largo de milenios. “Las tradiciones orales –destaca Mumia Geofrey Osaaji, profesor de Literatura en la Universidad de Nairobi– son un elemento importante de la identidad de los individuos y su comunidad; con su desaparición no solo perdemos la lengua en sí, sino también parte de nuestra historia”.

Hoy, en nuestro caso, no son sólo los guineoecuatorianos dispersos en la diáspora, y sus descendientes, quienes pierden sus lenguas nativas. En ausencia de datos contrastados, la mera observación permite afirmar que en Malabo o Bata la gente, sobre todo la más joven, se expresa cada vez más en español –bastante mal, todo hay que decirlo– en vez de en las lenguas vernáculas. Y vemos que los autóctonos de la isla de Bioko hablan entre ellos más en *pidgin* que en bubí, costumbre que se extiende a los vástagos de otras etnias que nacieron o crecieron en la capital del país, en detrimento de su verdadero idioma familiar. Tanto en las islas como en la zona continental, se margina en pueblos y aldeas el idioma propio, e instan al aprendizaje de las lenguas europeas oficializadas –demasiadas, a nuestro modesto entender–, como garantía de la promoción individual. Son muchas y variadas las causas que provocan este genocidio cultural. En resumen apresurado, identificamos el colonialismo, que exaltó el español como “lengua culta” y proscribió las autóctonas como “dialectos groseros”, según puede verse en diversos estudios y manuales de la época. Tras la independencia, la reacción visceral del presidente Francisco Macías fue prohibir el idioma consagrado por la Constitución de 1968 como oficial, vehicular para toda la nación guineoecuatoriana, declarándolo “lengua imperialista”. Pero debe subrayarse que aquel demagogo no hizo nada para promover las lenguas nativas, y sólo de forma subliminal intentó imponer el fang, la suya, como única lengua nacional. Lo prueba que no hubiese ni una sola ley o norma que avalase tal designio, ni escuelas donde se impartiese de forma sistematizada y obligada. Como en todos sus demás campos de su caprichosa actuación totalitaria, el resultado fue una absoluta desculturización, la vuelta a un primitivismo que ni supo explicar los fundamentos de la supuesta “africanización” que proclamaba. Al no poder ni saber sustituir las aportaciones foráneas abolidas por saberes autóctonos, los únicos resultados fueron ignorancia y oscurantismo generalizados, cuyas rémoras sigue padeciendo la sociedad, pues sus erráticos once años de terror sacralizaron la incultura y proscribieron todo conocimiento, devolviendo a todas las etnias a estadios primitivos.

Derrocado Macías, pareció al principio que el poder constituido pretendía la regeneración del país. Decisiones como la reinstauración del español como lengua oficial así parecían indicarlo. Transcurridos 42 años, queda nítido que sus sucesores están imbuidos del mismo espíritu, oscurantista e ineficaz, dados los pocos resultados, la nula importancia concedida al desarrollo cultural y, sobre todo, la ausencia de una política lingüística que revalorice, o al menos conserve, la herencia recibida. Al contrario: pese a la retórica sobre la africanidad y la palabrería sobre la tradición, en la práctica parecen avergonzarse de su origen y del legado de nuestros padres. Si, para favorecer la unidad nacional, ciertos países africanos escogieron una de las lenguas autóctonas como principal, favoreciendo su expansión en la Administración y en la educación, no ocurrió lo mismo en Guinea Ecuatorial. Ciertamente son importantes las resistencias y dificultades que se generarían en nuestro contexto, pero tampoco se planteó una alternativa posible: el fomento de todas, más allá de emisiones radiofónicas folclóricas y marginales, destinadas a la propaganda política y no a su promoción, cuyo resultado es evidente: nada. Las migraciones producidas desde las zonas rurales concentran en los arrabales de los núcleos urbanos importantes segmentos de población, lo cual, ante la deficiente infraestructura escolar y la pobreza del currículo, basado en la educación monolingüe, y sin planes de fomento de las culturas, agravan el desarraigo y aceleran la decadencia de las lenguas nativas.

Especialistas en echar balones fuera, dirán que no es nada nuevo, que eso ocurre en todas partes. Sabemos, en efecto, que desaparecen dos culturas cada mes. Según el *Atlas de las lenguas del mundo en peligro* (2010), publicado por la UNESCO, casi la mitad de las cerca de 7.000 lenguas vivas habrán desaparecido a finales de siglo. No sólo en las zonas periféricas del mundo, sino también en Rusia, India, México y algunos estados norteamericanos. El 78% de los 7.700 millones de seres humanos que poblamos este planeta se expresa en 85 idiomas, mientras 3.500 lenguas sólo tienen 8,25 millones de hablantes. En era de globalización y homogeneización, mandarín, inglés, español, ruso y árabe dominan comunicaciones y negocios, llegando a cualquier rincón, mientras unos 1.907 “dialectos” apenas tienen 10.000 usuarios. Fenómeno especialmente preocupante en África, el continente con mayor concentración de lenguas en el mundo, pero también la región con mayor número de idiomas en peligro de extinción; los lingüistas Lenore A. Grenoble, de la Universidad de Chicago, y Lindsay J. Whaley, del Dartmouth College, en New Hampshire, ya advirtieron en 1998 que más de la mitad de las aproximadamente 2.500 lenguas africanas dejarían de existir a corto y medio plazo; resulta difícil establecer un número exacto, por el secular desacuerdo entre los especialistas sobre cuál es lengua y

cuál es dialecto. Por su parte, el profesor Herman Batibo, que enseña lingüística africana en la universidad de Gaborone (Botsuana), reveló en un libro publicado en 2005 que el 74,8% de las lenguas del continente se encuentran en moderado o grave peligro de desaparición, y un 9,4% de ellas desaparecieron casi o totalmente, proporción excesivamente alta en relación con el 43% de lenguas en peligro en el mundo, según la UNESCO.

Se considera que una lengua está en peligro cuando coinciden dos factores: pocos hablantes y su no aprendizaje por las nuevas generaciones. Y en Guinea Ecuatorial es claro que se concitan ambos casos. Como indica el profesor Batibo, y sabemos los guineoecuatorialianos, la mayoría de nuestros gobiernos favorecen las lenguas ex coloniales, en detrimento de las autóctonas. “Un obstáculo importante en la mayoría de los países africanos es la falta de reconocimiento de estas lenguas por parte de las políticas lingüísticas de los gobiernos”, señala. Pero mientras las políticas lingüísticas que se desarrollan hoy se orientan hacia el multilingüismo, característica esencial en el africano, y en particular del guineoecuatorialiano, pues antes no era infrecuente encontrar personas bilingües y trilingües, hoy prevalece el modelo monolingüe, debido a la nula promoción y protección de las nativas desde la esfera gubernamental. Y como sin idioma no hay cultura, es fácil concluir que la inexorable desaparición de nuestras lenguas autóctonas acentuará nuestra despersonalización y borrará nuestra identidad, reducida a la raza. Por eso es necesario frenar la tendencia, revitalizar nuestros usos y costumbres positivos para conseguir la sociedad atractiva y dinámica que anhelamos. Cuestión vital para seguir sintiéndonos orgullosos de nuestras raíces, porque el precio del progreso y de un mundo globalizado no tiene por qué ser necesariamente la desvalorización de nuestra herencia y la pérdida de la propia identidad. Porque, como tengo escrito en alguna parte, nuestra plena integración en la Humanidad requiere un sólido arraigo en la propia esencia, garantía de seguridad y estabilidad, indispensables para aportar frutos maduros al acervo común. Ya lo dijo Don Pío Baroja: unas tradiciones estáticas, incapaces de evolucionar, llevan en sí mismas el germen de su autodestrucción. Y si autodestruimos nuestro principal legado, ¿en qué identidad basaremos nuestro ser, nuestra identidad, nuestra personalidad, nuestra literatura?

Bibliografía:

Batibo, Herman M., 2005. *Language Decline and Death in Africa: Causes, Consequences and Challenges*. Clevedon, Buffalo: Multilingual Matters.

Donato Ndong-Bidyogo

- Grenoble, Lenore A./Whaley, Lindsay J., (eds.), 1998. *Endangered Languages: Current Issues and Future Prospects*. Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- Moseley, Christopher/Nicolas, Alexandre, 2010. *Atlas de las lenguas del mundo en peligro*. Serie Memoria de los pueblos 14. París: UNESCO.
- Osaaji Mumia, Geoffrey, 2009. "Will They Survive the Margins? Endangered Languages and Oral Traditions in Kenya", en: Day, G.N./Davis, Geoffrey/Chakravarty, Kalyan Kumar, (eds.), 2009. *Indigeneity, Culture and Representation*. New Delhi: Orient Blackswan, 121-132.